

Contra el racismo y por la dignidad

Por Sebastián SALAZAR BONDY

Dondequiera que se ejercite la discriminación racial, en Sudáfrica o en el Perú, lo que se postula es la negación de la ecumenidad de lo humano. Los prejuicios sociales son, en general, eso mismo: rechazos incultos de la categoría universal del hombre, de su esencia trascendental, pues proponen absurdamente una diferenciación de los seres inteligentes en base a características circunstanciales, a meros accidentes. Ser negro, ser judío, ser asiático no quitan nada a la condición humana en sí, ya que en un individuo nacido con el color de la piel oscuro, dentro de una nacionalidad determinada, en cierto medio nacional peculiar, es hombre por razones distintas a esas señas exteriores o a esos hechos fortuitos. Nadie que tenga noción cabal de lo que es la humanidad —y de lo que es la historia de la humanidad— puede pensar que el predominio del hombre blanco, del hombre occidental, es último y definitivo, y que eso demuestra, por ende, su superioridad sobre el resto de la población terrena.

En la gente sin cultura, el prejuicio obra como la supersición, irracionalmente. Los pueblos ignoros a veces necesitan un "chivo expiatorio", una víctima a cuyo sufrimiento o a cuya destrucción dejar librada la dicha que quiere. Quien aspira a no aceptar el achaque de torpe, inútil o infortunado, recuerda el espejo que rompió en una ocasión, atribuye a una escalera o a un gato negro sus fracasos. Del mismo modo, los pueblos débiles, los pueblos sin conciencia ni fe en sí mismos, escogen a las minorías raciales para hacerlas responsables de sus desgracias e impotencias. El fenómeno en un caso y otro es idéntico.

Ahora bien, ello se explica en quienes no tienen instrucción y carecen, por consecuencia, de lucidez. ¿Cómo analizar esa conducta en personas cuya formación puede calificarse de superior o media? Por interés. Se trata de un interés que se oculta tras falsas justificaciones. ¿No se dice, acaso, de nuestros indios, para no sacarlos de la situación infra-humana a que los han condenado las clases dirigentes, que son perezosos, que son sucios, que son hipócritas? Si son todo eso —cosa improbable aplicada así genéricamente— es precisamente porque se los mantiene en la situación infra-humana. El explotador reduce al explotado y luego lo acusa de su comportamiento de explotado. Con los negros de Sudáfrica pasa lo mismo. Una novela —"Llora, mi amado país"— de Alan Paton (escritor sud-africano blanco), ofrece un cuadro bien claro del drama que vive ese país.

La lucha contra los prejuicios ha sido larga y la batalla no está todavía ganada. No está ganada ni siquiera en las grandes democracias. Pero en ellas, en Sudáfrica o aquí, los auténticos demócratas tienen que librarla hasta el fin, hasta desarraigar de la mente de tantos esos nubarrones que la empañan, tal como fue desarraigada la magia, la histeria, el miedo estupefacto. La cruzada tiene que ser hecha en nombre de todos los principios, porque la religión, la sicología, la antropología, la historia, todo, la justifica y respalda. Es una campaña que aspira a establecer plenamente la dignidad de ser humano, que consiste, en primer término, en la instancia ecuménica de todos los que, en la superficie del orbe, fueron puestos para cumplir la maravillosa aventura de fundar la felicidad. Esa es, al fin y al cabo, la meta de aquél que se ha llamado a sí mismo imagen y semejanza de Dios.

EC 05/04 119601P 2